

Recuerdo bien a un joven en su adolescencia que pidió hablar conmigo en privado. Cuando estábamos en privado, sus palabras casi estallaron cuando el preguntó, «¿Crees que Jesús alguna vez fue tentado sexualmente?» Primero, le pregunté, «¿Estás tentado sexualmente?» Una vez más, su respuesta fue inmediata, «O. . . sí,» dijo con gran intensidad. Y dije, «La Biblia nos dice que Jesús «era preciso que en todo se asemejara a sus hermanos» y «ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado» (2:17-18, 4:15), así, sí, debe haber sido tentado sexualmente». Mi respuesta vino del Nuevo Testamento libro de Hebreos, del cual nuestra segunda lectura de hoy viene. Yo he usado una traducción diferente de la Biblia para esta cita ya que esa traducción hace la declaración algo más explícita. El joven respiró un suspiro de alivio y dijo, «Esto es todo que quería saber», y se marchó.

En efecto, Jesús, nuestro hermano, era como nosotros en todas maneras. Dios le dio un padre terrenal, así como una madre terrenal, y él creció en una familia como nosotros. Ya que las promesas de Dios habían sido para el pueblo elegido que eran judíos, Jesús nació en una familia judía devota, como nos dice el Evangelio: Sus padres «llevaron al niño a Jerusalén [al templo] para presentarlo al Señor» como exigía el libro de la ley del Señor, como cualquier otra familia judía devota. Como oímos el domingo pasado, Jesús adoró en la sinagoga el día del sábado justo como cualquier otro judío devoto.

Pero nuestra segunda lectura nos recuerda que nosotros, personas de todas razas y etnias, somos todos hermanos y hermanas. Ya que nosotros «[tenemos] la misma sangre; por eso, Jesús quiso ser de nuestra misma sangre». Además, como esperaríamos que cualquier niño hiciera, «El niño iba creciendo y fortaleciéndose,» y cuando sus padres perdieron el rostro de él en la procesión del templo y después, lo encontraron, la reprimenda de su madre fue como la de cualquier madre: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos» (San Lucas 2:48). Pero entonces aprendemos, «Jesús entonces regresó con ellos, llegando a Nazaret. Posteriormente siguió obedeciéndoles». De nuevo, como nuestra segunda lectura nos dice, «. . . tuvo que hacerse semejante a sus hermanos en todo . . .».

Jesús se hizo como nosotros para que nosotros pudiéramos ser como él, y nuestra fe no es una fe de mí y Dios; es una fe de nosotros y Dios. Es importante recordar que Jesús estaba raramente solo excepto por su tiempo de discernimiento y de pruebas en el desierto y sus tiempos de oración frecuente. Él pasó tiempo con sus Padre y nuestro Padre, pero también pasó tiempo con los ancianos y los enfermos y con los niños. Parece únicamente apropiado que en su consagración en el templo, él fue dado la bienvenida por los dos ancianos que estaban llenos de sabiduría y la gracia de Dios. Simeón, el anciano, tomó en sus brazos al niño Jesús y lo reconoció como el «Mesías del Señor». Ana, la anciana, «[habló] del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel». Su sabiduría y su relación con Dios nos recuerdan lo que se dice acerca de Jesús en el Evangelio: «El niño [no sólo] iba creciendo y fortaleciéndose, [pero también él] se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él». Jesús se hizo como nosotros para que nosotros pudiéramos ser como él.

Lo que hicieron estos dos ancianos, también nosotros estamos llamados a hacer. Como dijo el Santo Padre, el Papa Francisco, en su homilía celebrando esta fiesta el 2 de febrero de 2018:

Cuánto bien nos hace, como Simeón, tener al Señor «en brazos» (Lc 2,28). No sólo en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en todo lo que hacemos: en la oración, en el trabajo, en la comida, al teléfono, en la escuela, con los pobres, en todas partes. Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum.

Además, el papa predicó:

. . . es bueno recordar que no se puede renovar el encuentro con el Señor sin el otro: nunca dejar atrás, nunca hacer descartes generacionales, sino acompañarse cada día, con el Señor en el centro. Porque si los jóvenes están llamados a abrir nuevas puertas, los ancianos tienen las llaves. . . No hay futuro sin este encuentro entre ancianos y jóvenes; no hay crecimiento sin raíces y no hay florecimiento sin brotes nuevos. Nunca profecía sin memoria, nunca memoria sin profecía; y, siempre encontrarse.

Demasiado pensamos mal de nosotros mismos y nos damos enredar en falsa modestia cuando en realidad nosotros somos los hermanos y las hermanas de nuestro Señor. Compartimos la misma sangre con nuestro Señor, que vino al mundo para destruir la muerte y el temor de muerte, y vino para mostrarnos la manera en la cual debemos vivir. Yo quisiera concluir esta homilía con una oración de Santa Teresa de Ávila:

Dios del amor, ayúdanos a recordar
Que Cristo no tiene cuerpo ahora en la tierra sino los nuestros
Sin manos sino las nuestras, Sin pies sino los nuestros.
Nuestros son los ojos para ver las necesidades del mundo.
Nuestras son las manos con las cuales bendecir a todos ahora
Nuestros son los pies con los cuales él tiene que ir para hacer el bien.
Nuestros son las manos, nuestros son los pies, nuestros son los ojos, nosotros
son su cuerpo.
Cristo no tiene otro cuerpo sino los nuestros.

Y, para reconocer a Jesús hecho presente por otros, quizás necesitemos, como lo hicieron Simeón y Ana, confiar en la gracia de Dios.